

La recuente explosión de las acusaciones de abusos sexuales hechas contra el clero de varios países, con la exhumación de viejas historias y el uso instrumental de las estadísticas, deja intuir la mano de ciertos “lobbies” que quisieran generar lo que los sociólogos llaman “pánico moral”. El análisis de Massimo Introvigne.

¿Qué está detrás de los escándalos?

Se vuelve a hablar de curas pedófilos, con voces y acusaciones que se refieren insistentemente a Alemania, e intentos de involucrar a personas cercanas al Papa, y creo que también la sociología tiene mucho que decir y que no debe callar por miedo a molestar a alguno. La discusión actual sobre los curas pedófilos – considerada desde el punto de vista sociológico – representa un ejemplo típico de “pánico moral”. El concepto nació en los años setenta para explicar cómo algunos problemas son objeto de una “hiperconstrucción social”. Más precisamente, los “pánicos morales” han sido definidos como problemas socialmente construidos, y caracterizados por una amplificación sistemática de datos reales, tanto en la representación mediática como en la discusión política. Otras dos características han sido señaladas como típicas de los “pánicos morales”. En primer lugar, problemas sociales que existen desde hace décadas son reconstruidos en las narrativas mediáticas y políticas como “nuevos”, o como objeto de un presunto y dramático crecimiento reciente. En segundo lugar, su incidencia es exagerada por estadísticas folklóricas que, si bien no confirmadas por estudios académicos, son repetidas de un medio de comunicación al otro y pueden inspirar campañas mediáticas persistentes.

Philip Jenkins ha subrayado el rol en la creación y gestión de los pánicos de “emprendedores morales” cuyas agendas no siempre son explícitas. Los “pánicos morales” no hacen bien a nadie. Distorsionan la percepción de los problemas y comprometen la eficacia de las medidas que debieran resolverlos. A un mal análisis no puede seguir más que una mala intervención. Entendámonos: los “pánicos morales” tienen en sus inicios condiciones objetivas y peligros reales. No inventan la existencia de un problema, sino que exageran sus dimensiones estadísticas. En una serie de valiosos estudios el mismo Jenkins ha mostrado como la cuestión de los curas pedófilos es el ejemplo más típico de un “pánico moral”. Están presentes en efecto los dos elementos característicos: un dato real de partida, y una exageración de este dato por obra de ambiguos “emprendedores morales”. Antes que nada, el dato real de partida. Existen curas pedófilos. Algunos casos son al mismo tiempo impactantes y repugnantes, han llegado a condenas definitivas y los mismos acusados no se han proclamado jamás inocentes. Estos casos – en los Estados Unidos, en Irlanda, en Australia – explican las severas palabras del Papa y su petición de perdón a las víctimas. Aunque los casos fueran solamente dos – y lamentablemente son más – ya serían demasiados. Sin embargo, desde el momento en que pedir perdón no basta – por más noble y oportuno que sea -, sino que es necesario evitar que los casos se repitan, no es indiferente saber si los casos son dos, doscientos o veinte mil. Y no es tampoco irrelevante saber si el número de casos es más o menos numeroso entre los sacerdotes y religiosos católicos que entre otras categorías de personas. Los sociólogos a menudo son acusados de trabajar sobre los fríos números, olvidando que detrás de cada número hay un caso humano. Pero los

números, que ciertamente no son suficientes, son necesarios. Son el presupuesto de todo análisis adecuado. Para entender cómo de un dato trágicamente real se ha pasado a un “pánico moral” es entonces necesario preguntarse cuántos son los sacerdotes pedófilos. Los datos más completos han sido recogidos en los Estados Unidos, donde en 2004 la Conferencia episcopal encargó un estudio independiente al *John Jay College of Criminal Justice* de la City University of New York, que no es una universidad católica y que es unánimemente reconocida como la institución con más autoridad en materia de criminología en los Estados Unidos. Este estudio dice que, desde 1950 a 2002, 4.392 sacerdotes americanos (sobre un total de más de 109.000) fueron acusados de mantener relaciones sexuales con menores. De estos, poco más de cien fueron condenados por tribunales civiles. El bajo número de condenas de parte del Estado se debe a diferentes factores. En algunos casos las verdaderas o presuntas víctimas han denunciado a sacerdotes ya difuntos, o delitos que estaban prescritos. En otros, a la acusación y a la condena canónica no corresponde la violación de ley civil alguna: es el caso, por ejemplo, en diferentes Estados americanos, del sacerdote que haya tenido relaciones con una – o un – menor de más de dieciséis años, habiendo dado ésta(e) su consentimiento.

Pero ha habido también muchos casos clamorosos de sacerdotes inocentes acusados. Estos casos incluso se multiplicaron en los años 90, cuando algunos estudios legales han entendido que era posible arrancar transacciones millonarias sobre la base de meras sospechas. Los llamamientos a la “tolerancia cero” son justificados, pero no debiera haber tampoco ninguna tolerancia para el que calumnia a sacerdotes inocentes. Agregó que para los Estados Unidos las cifras no cambiarían en forma significativa si se agregase el período 2002-2010, porque ya el estudio del *John Jay College* señalaba la “notable disminución” de los casos en los años 2000.

Las nuevas investigaciones han sido pocas, y las condenas poquísimas, a causa de las medidas rigurosas introducidas tanto por los obispos estadounidenses como por la Santa Sede. ¿Acaso el estudio del *John Jay College* dice que el 4% de los sacerdotes americanos son “pedófilos”? Nada de eso. Según esta investigación, el 78,2% de las acusaciones se refieren a menores que habían superado la pubertad. Tener relaciones sexuales con una joven de diecisiete años no es ciertamente algo bueno, mucho menos para un sacerdote: pero no se trata de pedofilia. Por lo tanto los sacerdotes acusados de efectiva pedofilia en los Estados Unidos son 958 en 42 años; 18 cada año. Las condenas fueron 54: poco más de una por año. El número de condenas penales contra sacerdotes y religiosos en otros países es parecida a la de los Estados Unidos, aunque para ningún otro país se dispone de un estudio completo como el del *John Jay College*. Se mencionan a menudo una serie de reportes de gobierno en Irlanda que definen como “endémica” la presencia de abusos en colegios y orfanatos (masculinos) gestionados por algunas diócesis y órdenes religiosas, y no hay duda que casos de abusos sexuales contra menores, también muy graves, ocurrieron en este país. El análisis minucioso de estos reportes muestra por otra parte como muchas acusaciones se refieren al uso de medios de corrección excesivos o violentos. El así llamado Reporte Ryan de 2009 – que usa un lenguaje muy duro contra la Iglesia Católica –, sobre 25.000 estudiantes de colegios, reformatorios y orfanatos en el período que examina, reporta 253 acusaciones de abusos sexuales contra muchachos, y 128 contra muchachas; no todos atribuidos a sacerdotes, religiosos o religiosas; abusos de diferente naturaleza y gravedad; raramente contra niños prepúberes; y que aún más raramente condujeron a una

condena. Las polémicas de estas últimas semanas referentes a las situaciones surgidas en Alemania y Austria muestran una características típica de los “pánicos morales”: se presentan como “nuevos” hechos ocurridos hace tiempo – a veces a casos ocurridos hace más de treinta años – y en parte ya conocidos. El hecho de que – con una particular insistencia en lo que toca al área geográfica bávara, de la cual proviene el Papa – han sido presentados, en las primeras páginas de los diarios, hechos de los años 80 como si hubiesen ocurrido ayer, y que nazcan capciosas polémicas, en la forma de un ataque concéntrico que cada día anuncia a gritos nuevos “descubrimientos”, muestra bien como el “pánico moral” es promovido por “emprendedores morales” de forma organizada y sistemática.

El caso que – como algunos diarios han titulado – “involucra al Papa” es “de manual”. Se refiere a un episodio que se remonta a 1980 en el cual un sacerdote de Essen, ya culpable de abusos, fue acogido en la arquidiócesis de Múnich y Freising, en la cual era arzobispo el actual Pontífice. El caso emergió en 1985 y fue juzgado por un tribunal alemán en 1986, donde quedó establecido que la decisión de acoger en la arquidiócesis al sacerdote en cuestión no había sido tomada por el cardenal Ratzinger y ni siquiera fue conocida por éste, lo que no es extraño en una gran diócesis con una compleja burocracia. El que hoy un diario alemán decida desenterrar el caso, y ponerlo en primera plana, 24 años después de la sentencia, debiera ser cuestionado. Una pregunta desagradable – porque simplemente ponerla parece defensivo, y no consuela a las víctimas – pero importante es si ser un cura católico es una condición que comporta el riesgo mayor de volverse pedófilo o de abusar sexualmente de menores que el de el resto de la población – las dos cosas, como se ha visto, no coinciden porque quien abusa de una muchacha de dieciséis años no es un pedófilo –.

Responder a esta pregunta es fundamental para descubrir las causas del fenómeno y por lo tanto para prevenirlo. Según los estudios de Jenkins, si se compara la Iglesia Católica de los Estados Unidos con las principales denominaciones protestantes se descubre que la presencia de pedófilos es – según las denominaciones – entre 2 y 10 veces más alta entre pastores protestantes que entre sacerdotes católicos. La cuestión es relevante porque muestra que el problema no es el celibato: la mayor parte de los pastores protestantes son casados. En el mismo período en que un centenar de sacerdotes americanos era condenado por abusos sexuales a menores, el número de profesores de educación física y entrenadores de equipos deportivos juveniles – también estos en su mayoría casados – juzgados culpables de abusos sexuales por los mismos tribunales americanos supera el número de seis mil. Los ejemplos podrían continuar, y no solo en los Estados Unidos. Sobretudo, según los reportes periódicos del gobierno americano, aproximadamente dos tercios de los casos de abusos sexuales contra menores no vienen de extraños o de educadores - curas o pastores protestantes incluidos – sino de familiares: padrastros, tíos, primos, hermanos e incluso padres. Datos similares existen para muchos otros países. Por más que sea políticamente incorrecto decirlo, hay un dato aún más significativo: más del 80% de los pedófilos son homosexuales, varones que abusan de otros varones. Y – para citar una vez más a Jenkins – más del 90% de los sacerdotes católicos condenados por abusos sexuales contra menores son homosexuales. Si en la Iglesia Católica ha habido efectivamente un problema, este no se refiere al celibato, sino a una cierta tolerancia hacia la homosexualidad, particularmente en los seminarios en los años setenta, cuando fue ordenada la gran mayoría de los sacerdotes luego condenados por abusos. Es un problema que Benedicto XVI está corrigiendo vigorosamente.

Más generalmente, el retorno a la moral, a la disciplina acética, a la meditación sobre la verdadera y gran naturaleza del sacerdocio son el antídoto último contra las tragedias verdaderas de la pedofilia. También para esto debe servir el Año sacerdotal. Respecto del 2006 – cuando la BBC emitió el documental-chatarra del parlamentario irlandés y activista homosexual Colm O’Gorman – y el 2007 – cuando Santoro propuso la versión italiana en *Annozero* – no hay, en realidad, mucho de nuevo, aparte de la mayor severidad y vigilancia de la Iglesia. Los casos dolorosos de los cuales más se habla en estas semanas no son siempre inventados, pero ocurrieron hace veinte o treinta años. O tal vez algo de nuevo hay. ¿Por qué desenterrar en 2010 casos viejos o muy a menudo ya conocidos, uno cada día, atacando cada vez más directamente al Papa – un ataque, por lo demás, paradójal si se considera la grandísima severidad del cardenal Ratzinger primero y de Benedicto XVI después en este tema? Los “emprendedores morales” que organizan el pánico tienen una agenda que emerge cada vez más claramente, y que no tiene realmente su centro en la protección de los niños. La lectura de ciertos artículos nos muestra como “lobbies” muy potentes buscan descalificar preventivamente la voz de la Iglesia con la acusación más infamante y hoy lamentablemente más fácil: la de favorecer o tolerar la pedofilia.

(Diario *Avvenire*, 18 de Marzo de 2010)